

Premio Nobel de Literatura

Alice Munro

¿Quién te
crees que eres?



Lumen

¿Quién te crees que eres?

Alice Munro

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

¿Quién te crees que eres?

Alice Munro

A G. Fn.

Palizas soberanas

Una soberana paliza. Esa era la promesa de Flo. «Vas a llevarte una soberana paliza.»

La palabra «soberana» se arrellanaba en su lengua, revestida de boato. Rose tenía la necesidad de hacerse una imagen de las cosas, de detectar absurdos, que era más fuerte que la necesidad de no meterse en líos, y en lugar de tomarse la amenaza a pecho, meditaba: ¿cómo es soberana una paliza? Recreó una avenida arbolada, una multitud de espectadores ceremoniosos, varios caballos blancos y esclavos negros. Alguien arrodillado, y la sangre saltando a borbotones, como estandartes. Una ocasión a la vez salvaje y espléndida. En la vida real no adquirirían tanta dignidad, y era solo Flo quien intentaba dotar al suceso de cierto aire de fuerza mayor y penitencia. Rose y su padre pronto traspasaron los límites del decoro.

Su padre era el rey de las palizas soberanas. Las de Flo nunca llegaron a ser gran cosa; unos cachetes rápidos y bofetadas al tuntún, como si tuviese la cabeza en otra parte. «Quítate de en medio», decía. «Ocúpate de tus asuntos.» «No eches esas miradas.»

Vivían en la parte posterior de una tienda en Hanratty, Ontario, los cuatro: Rose, su padre, Flo y el hermanastro

menor de Rose, Brian. La tienda, de hecho, era una casa que el padre y la madre de Rose habían comprado cuando se casaron y se instalaron allí, en el negocio de la restauración y la tapicería de muebles. Su madre sabía tapizar. Rose debería haber heredado de ambos unas manos diestras, una afinidad inmediata con los materiales, un ojo para los arreglos mañosos, pero no fue así. Era torpe, y cuando se rompía algo se impacientaba por barrerlo y tirarlo a la basura.

Su madre había muerto. Una tarde le dijo al padre de Rose: «Tengo una sensación muy difícil de describir. Como un huevo duro en el pecho, con cáscara y todo». Murió antes de la noche, tenía un coágulo de sangre en el pulmón. Entonces Rose era un bebé, aún estaba en un moisés, así que por supuesto no se acordaba de nada. Sabía la historia por Flo, que debía de habérsela oído contar a su padre. Flo llegó poco después, para ocuparse de Rose en el moisés, casarse con su padre, abrir una tienda de alimentación en la parte delantera de la vivienda. Rose, que no había conocido más casa que aquella, que no había conocido más madre que Flo, veía los dieciséis meses escasos que sus padres pasaron allí como una época pacífica, mucho más dulce y ceremoniosa, con ligeros toques de bonanza. No podía agarrarse a nada salvo unas hueveras de porcelana que su madre había comprado, con una cenefa de vides y pájaros, pintadas con delicadeza, como en tinta roja; el dibujo empezaba a borrarse. No quedaban libros, ni ropa o fotografías suyas. Su padre debió de deshacerse de todo, o tal vez había sido Flo. La única historia que Flo contaba de su madre, la de su muerte, era curiosamente mezquina. A Flo

le gustaba recrearse en los detalles de una muerte: las cosas que la gente decía, cómo protestaban o intentaban levantarse de la cama, o si insultaban o se reían (a algunos les daba por ahí), pero cuando mencionaba el huevo duro en el pecho de su madre hacía que la comparación sonara un poco ridícula, como si de verdad su madre hubiese sido una de esas personas capaces de creer que te puedes tragar un huevo entero.

Su padre tenía un cobertizo fuera, detrás de la tienda, donde se dedicaba a arreglar y restaurar muebles. Tejía asientos y respaldos de mimbre, remendaba labores de rejilla, tapaba grietas, ensamblaba patas, todo a conciencia y con maña y de lo más barato. Ese era su orgullo: asombrar a la gente con un trabajo tan magnífico a precios tan módicos, hasta ridículos. En los años de la Depresión la gente no podía permitirse pagar más, quizá, pero él continuó con la misma práctica durante la guerra, durante los años de prosperidad después de la guerra, hasta que murió. Nunca hablaba con Flo de lo que cobraba o lo que se debía. Tras su muerte, ella tuvo que salir y abrir con llave la puerta del cobertizo y sacar toda clase de trozos de papel y sobres rasgados de unos ganchos de aspecto siniestro que le servían de archivo. Advirtió que en muchos casos no eran cuentas o recibos ni nada por el estilo, sino registros del clima, datos sobre la huerta, cosas que se había sentido impulsado a anotar.

Comimos patatas nuevas el 25 de junio. Insólito.

Día Oscuro, 1880, nada sobrenatural. Nubes de ceniza de los bosques quemados.

16 de agosto, 1938. Tormenta colosal al anochecer. Rayo cae sobre iglesia presb., mun. Turberry. ¿Voluntad de Dios?
Escaldar fresas para quitar el ácido.
Todo está vivo. Spinoza.

Flo creyó que Spinoza debía de ser una nueva hortaliza que su marido pensaba cultivar, como el brécol o la berenjena. A menudo probaba plantando algo nuevo. Le enseñó el trozo de papel a Rose y le preguntó si sabía qué era Spinoza. Rose lo sabía, o tenía una idea, pero contestó que no. Estaba ya en la adolescencia, una edad en la que creía que no soportaba saber nada más, ni de su padre ni de Flo; apartaba cualquier descubrimiento a un lado con vergüenza y temor.

Había una estufa en el cobertizo, y muchas estanterías toscas cubiertas de latas de pintura y barniz, laca y aguarrás, tarros con pinceles en remojo y también algunos frascos de medicina para la tos. ¿Por qué un hombre que tosía constantemente, un hombre con los pulmones dañados por el gas en la guerra (a la que cuando Rose era pequeña no llamaban la Primera, sino la Última Guerra), se pasaba los días respirando los vapores de la pintura y el aguarrás? Entonces esas preguntas no se planteaban tanto como ahora. En el banco que había junto a la entrada de la tienda de Flo varios viejos del vecindario se sentaban a contar chismes, a dormitar, cuando hacía buen tiempo, y algunos de esos viejos también tosían sin parar. El hecho es que se estaban muriendo, lenta y discretamente, de lo que se llamaba, sin el menor asomo de victimismo, «el mal de la fundición». Habían trabajado toda la vida en la fundición del

pueblo, y ahora se pasaban el día sentados, con aquellas caras ajadas y amarillentas, tosiendo, riendo por lo bajo, haciendo comentarios verdes de las mujeres o de cualquier jovencita en bicicleta que veían por la calle.

Del cobertizo no solo llegaban toses, sino también frases, un murmullo continuo, rezongón o alentador, normalmente justo por debajo del volumen en el que las palabras podían discernirse unas de otras. Languidecía cuando su padre se enfrascaba en un trabajo minucioso, y se animaba cuando hacía algo menos exigente, como lijar o pintar. Cada tanto algunas palabras se abrían camino y quedaban suspendidas, claras y absurdas, en el aire. En cuanto se daba cuenta, las enmascaraba con unos carraspeos, o tragaba saliva, o se hacía un silencio inusual, atento.

—Macarrones, salami, Botticelli, alubias...

¿Qué podía significar? Rose solía repetirse aquellas cosas para sus adentros. Nunca se atrevió a preguntarle. Quien pronunciaba esas palabras y quien le hablaba como su padre no eran la misma persona, aunque parecían ocupar el mismo espacio. Hubiese sido de muy mal gusto reconocer la presencia de alguien que supuestamente no estaba allí; no se le habría perdonado. De todos modos, ella merodeaba y escuchaba.

«Las torres coronadas de nubes», lo oyó decir una vez.

—Las torres coronadas de nubes, los espléndidos palacios.

Rose sintió como si una mano le atenazara el pecho, no para hacerle daño sino para asombrarla, dejándola sin respiración. Entonces echó a correr, huyó. Supo que había oído bastante; además, ¿y si la pillaba? Sería horrible.

Era algo parecido a lo de los ruidos del cuarto de baño. Flo había ahorrado e hizo instalar un cuarto de baño, pero no quedó otro remedio que ponerlo en un rincón de la cocina. La puerta no encajaba, los tabiques eran de aglomerado. Así que los que estaban trajinando o hablando o comiendo en la cocina oían hasta el ruido que se hacía dentro al rasgar un trozo de papel higiénico o acomodar una pierna. Todos estaban familiarizados con las voces pudendas de los demás, no solo en sus momentos más explosivos, sino en sus íntimos suspiros, gruñidos, lamentos y afirmaciones. Y como eran todos de lo más mojigato, nadie parecía oír nunca nada, o estar escuchando, y no se hacía el menor comentario. Quien producía los sonidos del cuarto de baño no guardaba ninguna relación con quien salía.

Vivían en una parte pobre del pueblo. El río separaba Hanratty de Hanratty Oeste, donde estaban ellos. En Hanratty el escalafón social iba desde médicos y dentistas y abogados hasta obreros de la fundición y peones de fábrica y carreteros; en Hanratty Oeste iba desde obreros de la fundición y peones de fábrica hasta clanes de contrabandistas y prostitutas y ladrones de poca monta que vivían a salto de mata. Rose imaginaba a su familia con un pie en cada orilla del río, sin pertenecer a un sitio ni a otro, pero no era verdad. La tienda y la casa donde vivían estaban en Hanratty Oeste, en los arrabales de la calle principal. Enfrente había una vieja fragua, clausurada con tablones más o menos desde que empezó la guerra, y una casa que antiguamente había sido otra tienda. Nunca quitaron el rótulo de TÉ SALADA del escaparate; pervivía como un adorno digno e interesante a pesar de que dentro no se vendiera té. Apenas ha-

bía un tramo de acera, demasiado agrietada e inclinada para poder patinar, aunque Rose soñaba con unos patines de ruedas y solía imaginarse deslizándose con una falda de cuadros escoceses, ágil y a la moda. Había una sola farola, una flor de hojalata; luego se acababan los servicios y todo eran caminos de tierra y parajes cenagosos, vertederos en los patios y casas de aspecto raro. Lo que les daba un aspecto raro eran los intentos por evitar que se viniesen abajo de una vez por todas. Con algunas nunca se había hecho el intento. Esas estaban negruzcas, podridas y desvencijadas, integrándose en un paisaje de hoyos plagados de maleza, charcas con ranas, eneas y ortigas. La mayoría de las casas, sin embargo, estaban parcheadas con tela asfáltica, algunas tejas nuevas, planchas de latón, conductos de estufa encajados a martillazos y hasta cartones. Eso era, por supuesto, en los tiempos previos a la guerra, tiempos que más tarde serían de una pobreza legendaria, de los que Rose recordaría sobre todo detalles a ras del suelo: hormigueros imponentes y escalones de madera, y una luz turbia, intrigante y equívoca sobre el mundo.

Hubo una larga tregua entre Flo y Rose al principio. La naturaleza de Rose crecía como una piña espinosa, pero se cubrió poco a poco, y en secreto, de una dura capa de orgullo y escepticismo, formando un carácter que incluso a ella misma la desconcertaba. Antes de que tuviese edad de ir a la escuela, y mientras Brian iba aún en el cochecito, Rose se quedaba en la tienda con los dos: Flo sentada en el taburete detrás del mostrador, Brian dormido junto a la

ventana; Rose se arrodillaba o se tendía en los viejos tablo-
nes del suelo y dibujaba con ceras de colores en trozos de
papel de estraza rasgados o irregulares que no servían para
envolver la mercancía.

La clientela de la tienda era sobre todo gente de las ca-
sas aledañas. También pasaban algunos campesinos, al vol-
ver del pueblo a sus granjas, y de vez en cuando algún ve-
cino de Hanratty, que cruzaba el puente a pie. Había gente
que siempre estaba en la avenida, entrando y saliendo de
las tiendas, como si se creyeran obligados a dejarse ver y
con derecho a ser bien recibidos en todo momento. Por
ejemplo, Becky Tyde.

Becky Tyde se encaramó al mostrador de Flo, haciéndose
sitio junto a una lata abierta de galletas rellenas de merme-
lada, que se desmigaban con solo tocarlas.

—¿Están ricas? —le preguntó a Flo, y sin reparos empezó
a comerse una—. ¿Cuándo vas a darme trabajo, Flo?

—Podrías trabajar en la carnicería —dijo Flo cándidamen-
te—. Podrías trabajar para tu hermano.

—¿Roberta? —dijo Becky con una especie de desdén
teatral—. ¿Crees que trabajaría para él?

Su hermano, que llevaba la carnicería, se llamaba Robert,
pero a menudo lo llamaban Roberta, por sus modales re-
milgados y nerviosos. Becky Tyde se echó a reír. Su risa era
fuerte y estruendosa como una locomotora a punto de
arrollarte.

Era enana y de voz chillona, con los andares arrogantes y
asexuados de un cabezudo, la boina escocesa y un cuello
retorcido que la obligaba a mantener la cara ladeada, siem-
pre mirando hacia arriba y de soslayo. Llevaba zapatitos de

tacón relucientes, auténticos zapatos de mujer. Rose miraba fijamente los zapatos, temerosa de ver el resto, de su risa, de su cuello. Sabía por Flo que Becky Tyde había pasado la polio de niña, que por eso tenía el cuello retorcido y se había quedado canija. Costaba creer que hubiese empezado de otra manera, que alguna vez hubiese sido normal. Flo decía que no era ninguna chiflada, que estaba tan cuerda como la que más, pero sabía que siempre se podía salir con la suya.

—¿Sabes que antes yo vivía aquí? —dijo Becky, al reparar en Rose—. ¡Eh, tú! ¡Niña! ¿A que antes vivía aquí, Flo?

—Si viviste aquí, yo aún no había llegado al pueblo —dijo Flo, como si no supiera nada.

—Fue antes de que el vecindario decayera tanto. Perdona que te lo diga. Mi padre construyó aquí su casa y construyó su matadero, y teníamos nuestra buena parcela de frutales.

—Ah, ¿sí? —dijo Flo, poniendo su voz meliflua, cargada de falsa simpatía, incluso de humildad—. Entonces ¿por qué os mudasteis?

—Ya te lo he dicho, el vecindario empezó a decaer tanto... —dijo Becky. Se metía una galleta entera en la boca si le venía en gana, dejando que los mofletes se le hincharan como a una rana. Nunca contó nada más.

Aun así, Flo lo sabía; ¿y quién no? Todo el mundo conocía la casa, de ladrillo rojo con la galería acristalada y la huerta, lo que quedaba de ella, invadida por los típicos desechos: asientos de coche y lavadoras y somieres y trastos. La casa nunca parecería siniestra, a pesar de lo que había

ocurrido allí, por la cantidad de escombros y desorden que la rodeaban.

El padre de Becky, viejo ya, era otro tipo de carnicero, que según Flo no tenía nada que ver con el hermano. Un inglés con malas pulgas. Y tampoco se parecía a Becky a la hora de hablar más de la cuenta. Jamás fue franco. Un roñoso, un tirano con su familia. Después de que Becky pasara la polio, no la dejó volver a la escuela. Rara vez se la veía fuera de casa, nunca más allá del patio. El padre no quería que la gente se regodeara. Eso fue lo que dijo Becky, en el juicio. Su madre había muerto para entonces, y sus hermanas estaban casadas. En casa solo quedaban Becky y Robert. La gente paraba a Robert por la calle y le preguntaba:

—¿Qué tal tu hermana, Robert? ¿Ya está recuperada del todo?

—Sí.

—¿Hace las tareas de la casa? ¿Te prepara la cena?

—Sí.

—¿Y tu padre se porta bien con ella, Robert?

Se decía que el padre les pegaba, había pegado a todos sus hijos y también a su mujer, y que a Becky ahora le pegaba aún más por su deformidad, que según algunos era culpa suya (no entendían de la polio). Los rumores persistieron y fueron a más. Empezaron a decir que Becky había desaparecido porque estaba embarazada, nada menos que de su propio padre. Luego la gente dijo que el bebé nació y lo liquidaron.

—¿Qué?

—Que lo liquidaron —repetía Flo—. Solían decir: «¡Ve a comprar las costillas de cordero donde Tyde, que te las da-

rá ricas y tiernas!». Seguro que todo eran mentiras —se lamentaba.

Rose, mirando absorta el viento que sacudía el toldo viejo al colarse por los rotos, salía de su ensimismamiento al oír aquel tono agorero, de cautela, en su voz. Flo, cuando contaba una historia (esa no era la única ni la más escabrosa que sabía), inclinaba la cabeza y suavizaba la expresión, en ademán pensativo, atormentado, de advertencia.

—Ni siquiera debería contarte estas cosas.

Habría más.

Tres muchachos, unos golfos que solían merodear cerca de los establos, se juntaron, o los hicieron juntarse hombres más influyentes y respetables del pueblo, y se dispusieron a darle al viejo Tyde unos buenos azotes en interés de la moral pública. Se pintaron la cara de negro. Les facilitaron látigos y un cuarto de galón de whisky por barba para darse coraje. Eran Jelly Smith, jinete de carreras y bebedor; Bob Temple, jugador de béisbol y matón, y Hat Nettleton, que manejaba el carro fuerte del pueblo, y a quien lo de Hat, «s sombrero», le venía de un bombín que llevaba, por vanidad y por hacer la gracia. Aún trabajaba con el carro fuerte, de hecho; había conservado, si no el bombín, el apodo, y se dejaba ver mucho, casi tanto como Becky Tyde, reparando sacos de carbón, con la cara y los brazos tiznados. Eso debería haberle recordado la historia de Hat, pero no. El presente y el pasado, ese pasado turbio y melodramático de las historias de Flo, eran mundos aparte, al menos para Rose. La gente del presente no podía encajar en el pasado. La propia Becky, personaje pintoresco y consentido del pueblo, inofensiva y maliciosa, nunca se correspondería